

**La crisis del pacto identitario a finales de los últimos dos siglos en Argentina: *Libro extraño* de Francisco Sicardi en el XIX y *Finisterre* de María Rosa Lojo en el XX**

**Marcela Crespo Buiturón**

Universidad de Buenos Aires/Universidad del Salvador/CONICET

Dos fines de siglo, dos idiosincrasias, dos narradores, dos novelas. La búsqueda de un ideal de cultura argentina frente al empeño en comprender la imposibilidad del proyecto sin perderse en ello: *Libro extraño*<sup>1</sup> de Francisco Sicardi y *Finisterre*<sup>2</sup> de María Rosa Lojo, cada uno desde su siglo (finales del XIX y principios de XX, el primero; fin del XX e inicios del XXI, el segundo) y su cosmovisión de la realidad nacional, recrean un momento de la historia argentina: el gran aluvión inmigratorio y su incidencia en la formación de la identidad cultural del país.

En ambas novelas, esta cuestión se erige como eje temático central de sus planteos y se asocia a problemáticas raciales y culturales,

---

<sup>1</sup> Sicardi comienza la redacción de esta novela en 1894 y la termina ocho años más tarde, es decir, en 1902.

<sup>2</sup> Novela editada en el año 2005. La autora ha venido trabajando esta temática en sus anteriores novelas desde los años ochenta del siglo XX en adelante. Puede entenderse *Finisterre* como corolario de esta propuesta.

inscribiéndose en un marco de entrecruzamiento del discurso literario con el saber médico, constatable en el texto de Francisco Sicardi y característico de la estética naturalista argentina de finales del siglo XIX, que será recreado y resemantizado por María Rosa Lojo un siglo después, desde la poética del exilio que, junto con otros escritores argentinos de las últimas décadas, se ha venido consolidando en la literatura de su país y que también proyecta, como el naturalismo decimonónico, fuertes cuestionamientos identitarios.

*Naturalismo decimonónico en Argentina: Hacia la consecución de la utopía nacional*

La formación de una nación no sólo es el producto de una aspiración colectiva, en la que se proyecta la imagen de un sujeto cultural que es garante de continuidad de una comunidad determinada, sino también es una instancia que se sostiene mediante la hegemonía de un relato que otorga legitimidad y perdurabilidad al grupo. Este relato circula, entonces, en el seno de una sociedad tanto para dar cuenta de un proyecto común como para evidenciar el afán de progreso de aquella. De esta forma, el concepto de nación y, por extensión, el de nacionalismo están intrínsecamente ligados a una figura discursiva, que en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX se identificaba con el principio de identidad biológica. Es decir que, en el proceso mismo que intenta forjar una imagen homogénea de nación, un ideario colectivo de ésta, juega un rol decisivo la lógica médica, la cual organiza un entramado discursivo que pretende expulsar cualquier elemento extraño a ese ideal identitario que aseguraría la estabilidad y la posibilidad de progreso de la joven nación.

A fines del siglo XIX, cuando Argentina había logrado si no superar, al menos controlar los conflictos poscoloniales y las discrepancias civiles, se impuso como necesaria la formación de una identidad cultural sostenida, en principio, por una lengua común y por un proyecto de acervo de tradiciones propias. La literatura se inscribe, entonces, como una suerte de escenario propicio para la teatralización de los valores, principios y convenciones que conseguirían la homogeneidad nacional y que enseñarían y dirigirían los causes por los que deberían orientarse los esfuerzos necesarios para la consolidación

del ciudadano argentino deseado por la élite criolla. Las ficciones literarias se convierten de esta manera en herramientas del poder político que intenta incentivar la creación de tradiciones nacionales a la vez que estudia los modelos europeos en fin de seleccionar los más adecuados a sus propósitos (Gnutzmann, 1998).

Animado por la estética realista que impera en la segunda mitad del siglo XIX, ya de carácter mundial, con textos claves como los de Honoré de Balzac, Claude Bernard, Charles Darwin y Herbert Spencer, y producto de este entorno socio-político, se explica la aparición del naturalismo en la literatura argentina de fines de siglo. En realidad, era bastante lógico debido a que el realismo era la estética más propicia—en una joven nación que pretende describir e imponer una imagen homogeneizadora—para dar cuenta del entramado social y el panorama geográfico, a la vez que resultaba ciertamente útil a los fines pedagógicos que perseguía la dirección política. Pero este mismo propósito ocultó aunque brevemente la contradicción que estaba naciendo en su propio seno. Si la literatura debía convertirse en una fuente de identidad nacional, una guía cuyo propósito era asegurar la identificación del ciudadano con determinadas características que conformaban al sujeto cultural deseado (¿realidad o utopía?), la adhesión al discurso naturalista que se abría camino vertiginosamente en Europa representaba para el proyecto criollo una posible amenaza, ya que el carácter político y moral de la novela experimental propiciaba la puesta en escena de saberes que podrían desestabilizar la utopía nacional.

Lo que había comenzado como un nacionalismo liberal en el país austral, producto de una política poscolonial que identificaba *nacionalidad* con *ciudadanía*, fue convirtiéndose hacia fines de siglo en un nacionalismo decididamente definido por parámetros étnicos<sup>3</sup>.

La preocupación de la élite criolla, centrada—en su afán modernizador y homogeneizador de la cultura—en la amenaza de la barbarie, traducida en la figura del indígena y el gaucho, fue desplazándose hacia la presencia del extranjero. El “otro” como elemento perturbador, que hasta el momento estaba confinado a la Tierra Adentro, encontraba así un alter ego en el propio ámbito urbano:

---

<sup>3</sup> Para esta cuestión, resulta pertinente el concepto de “nacionalismo étnico” propuesto por E. K. Francis en “The Ethnic Factor in Nation-Building”.

el inmigrante. Es lícito recordar que el fenómeno del aluvión inmigratorio determinó cambios sociales de gran relevancia en la República Argentina de finales del siglo XIX (Halperín Donghi, 1995).

Según este nuevo criterio de exclusión, que mantiene solidarios ejes ideológicos con el racismo, la supervivencia y progreso del Estado dependería de la eficacia con que el mismo asegurase la expulsión de todo sujeto que no respondiese al ideal de fortaleza étnica requerido por el proyecto de nación y postulado por el poder hegemónico.

A las ficciones fundacionales que postulaban una imagen de nación, aunque no del todo exenta de prejuicios sociales y raciales, anclada en el concepto de igualdad de oportunidades a pesar de las diferencias de clase, raza, etc., le sucedieron las fábulas naturalistas, más solidarias con los principios del nacionalismo étnico anteriormente citado.

Así, las narraciones del naturalismo argentino promueven la supremacía de las leyes biológicas que se constituyen en fuente y arbitrio de toda unión amorosa, y el bienestar y la salud de la sociedad pasan a depender de la mayor o menor compatibilidad biológica de los miembros de las familias que la conforman. El concepto de raza adquiere aquí gran relevancia y supone la inclusión o exclusión de unos y otros (Nouzeilles, 2000).

Coincidentemente con el afianzamiento de esta postura, la ciencia médica—en gran medida proveedora de los argumentos para el discurso hegemónico—se erige como el saber que asegura y organiza la salud y la higiene nacionales.

De esta forma, la sociedad se divide en dos figuras paradigmáticas: la del sujeto sano—que cumpliría la utopía nacional—frente al enfermo—que representa un otro al que es necesario segregar en aras del progreso de la sociedad.

Todas estas elucubraciones tienen su punto de anclaje, evidentemente, en el afán de progreso de una nación que intenta construir su imagen como proyección de un futuro de salud y prosperidad deseadas y no como un producto de un entramado de antecedentes étnicos o culturales. *Es decir que el sujeto cultural argentino no se forja atendiendo a sus precedentes, sino como utopía hacia un devenir pautado por el ideario de una élite dominante.*

Las ficciones del naturalismo argentino darán cuenta de estas cuestiones y configurarán un panorama literario sustentado en gran medida por el discurso patológico de la medicina.

Por lo tanto, ficción literaria, saber médico y política nacional se verían así implicados en un complejo entramado que señalaría el derrotero literario de la Argentina durante las próximas décadas.

*El Libro Extraño de Francisco Sicardi: la expresión de un proyecto de nación*

En este entorno, entonces, se inscribe la obra ficcional de Francisco Anselmo Sicardi, escritor y médico argentino, nacido en la Ciudad de Buenos Aires el 21 de abril de 1856. Como galeno, había tenido una notable participación en la lucha contra la epidemia del cólera que azotó su ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. Asimismo, se desempeñó como jefe de la Sala XI del Hospital San Roque, hoy Ramos Mejía.

Por su profesión, conocía los arrabales de Buenos Aires, la situación socio-económica de los mismos, su precariedad y miseria, los cuales fueron plasmados en su obra con sumo detalle.

Su quehacer literario se inscribe dentro del radio de influencia del discurso de control social que partía del Estado Nacional Argentino, junto con otros tantos escritores tales como Adolfo Saldías (*Bianchetto*, 1896), Carlos María Ocantos (*Promisión*, 1897), Alberto Gerchunoff (*Los gauchos judíos*, 1910), Eugenio Cambaceres (*En la sangre*, 1887), Julián Martel (*La Bolsa*, 1891) y Antonio Argerich, (*¿Inocentes o culpables?*, 1884), por citar algunos ejemplos. Muchos de estos autores pertenecían al ámbito científico, especialmente de la Medicina, dibujando así un notorio cruce entre literatura y saber médico, el cual alcanza el espectro institucional: Progresivamente, van apareciendo en Argentina entidades como el Centro Científico Literario o la Academia Argentina de Ciencias y Letras, y publicaciones que unifican ambas esferas como es el caso de la *Revista de los Estados del Plata sobre Legislación, Jurisprudencia, Economía Política, Ciencias Naturales y Literatura*, editada en el transcurso de los años 1854 y 1855.

El *Libro extraño* consta de cinco volúmenes, aparecidos entre 1894 y 1902. A excepción del *Tomo I*, los demás adhieren un subtítulo: *Tomo II: Genaro*, *Tomo III: Don Manuel de Paloche*, *Tomo IV: Méndez*

y *Tomo V: Hacia la justicia* y están signados por las propia condena autorral: “...cuatro familias de psicópatas, suicidas como Carlos Méndez, homicidas como Genaro, locos morales como Valverde, megalómanos perseguidos y místicos como la familia de Don Juan Manuel Paloche”.

Es verdad que la novela gira en torno a cuatro familias, pero el eje rector es de una de ellas, a la que el autor dedica dos (I y IV) de los cuatro volúmenes y que representa la clase media: la fundada por Carlos Méndez y Dolores del Río, producto de cuyo matrimonio nacen Ricardo y Angélica. En estos últimos se condensa la tesis general de la novela: es posible combatir y derrotar el determinismo hereditario a partir de la fuerza renovadora de un medio propicio para el desarrollo de actitudes sanas—la honradez, el trabajo, el ahorro, etc. Si bien el hijo varón manifiesta heredar la enfermedad que aqueja a su familia paterna—dolencia que recurre en los textos de los escritores de la generación del '80 como característica de la clase media argentina y que consiste en un estado de progresivo tedio y marcada tendencia al suicidio—, la formación religiosa en la que es educado opera una suerte de excepción del poder hereditario y lo aleja del mal al que, en principio, debería estar destinado irremediamente. Por su parte, Angélica, educada en una fuerte moral cristiana y un entorno regido por la exaltación de la honradez y el trabajo, hechos que alcanzan su corolario al casarse con un médico honesto y virtuoso, hijo de inmigrantes vascos, refuerzan la idea de que el medio puede propiciar la aparición de una “nueva raza”—constituida por esta generación emergente—que sea capaz de superar la condena de las leyes de la herencia.

El segundo volumen está protagonizado por Genaro, empleado de Carlos Méndez, cuya hermana es acogida en su casa. Este personaje pertenece al estrato social de los hombres de los suburbios, compañeros de los gauchos, y debe afrontar una serie de situaciones dramáticas: se ve obligado, por una parte, a matar a su hermana y a su lascivo seductor Enrique Valverde para lavar el honor de su familia y, por la otra, a enfrentar al psicópata Manuel Paloche, quien está enamorado de su novia.

En el tercer volumen impera la temática sociopolítica, donde el mismo Manuel Paloche se enfrenta al caudillo Desiderio en su búsqueda de la perfección social. Su familia no se vincula con ninguna clase social específica, sino que proyecta el ideario de la futura Argentina.

Finalmente, el tomo V condensa las ideas socio-políticas del propio Sicardi. En él, tres familias aparecen enfrentadas por el liderazgo de los obreros, representando así las tres tendencias imperantes en la Argentina de fines del siglo XIX (Gnutzmann, 1998): el anarquismo y el socialismo desde la visión de Germán Valverde, hijo de un lascivo y una erotómana; los obreros católicos en la piel de Ricardo Méndez, hijo de Carlos Méndez; y los libres trabajadores, encarnados en la figura de Elbio Errécar.

Desde el punto de vista formal, aunque esgrimiendo una total rebeldía ante las corrientes estéticas de su tiempo y un evidente eclecticismo:

¡Que no haya modelo escrito, ni pintado, ni cincelado en mármol!... ¡Esa es mi última voluntad!... porque el arte envejece, cuando los hombres le arrebatan las adustas energías de la vida libre, para encerrarlo en los burdos liminares de la imitación y de las escuelas. ¡Que sea licencioso y loco antes que ser esclavo!...(Sicardi, 552-553)

El autor del *Libro Extraño* no escapa a las influencias del naturalismo—en cuanto a la observación y experimentación se refiere, las cuales se verifican especialmente en la configuración de los personajes que integran la familia Paloche—y del romanticismo—evidenciado en las figuras estereotipadas de la madre y la novia, así como en la visión del hogar, la rebeldía juvenil y la madurez reposada.

Por otra parte y en consonancia con lo planteado en el apartado anterior, la obra de Sicardi se caracteriza por la recurrencia de una notoria tendencia a dramatizar los movimientos migratorios a través de la historia, por establecer paralelismos entre los acontecimientos de la realidad de su época y la vida de sus personajes y por un decidido afán didáctico dirigido al lector y esgrimido por medio de la crítica o adhesión del narrador ante los hechos y actitudes que protagonizan los personajes de sus novelas.

En este sentido, el naturalismo no es más que una técnica que le permite a Sicardi tratar los problemas sociales que lo preocupan (Varela Jacomé, 1982) y desde cuya perspectiva abordar a los personajes que considera representativamente negativos para la sociedad argentina, como es el caso, por ejemplo, de Enrique Valverde.

En oposición a éstos, se erigen desde la visión idealizada del romanticismo aquellos que el autor consideraría aptos para cumplir con

la consigna de la salud social, aunque su acercamiento a la estética romántica se puede entender mejor como una actitud vital que como una técnica literaria.

Sea de una u otra forma, es indiscutible que Sicardi adhirió plenamente a la ideología de la llamada generación del '80 en Argentina, y se empeñó en narrar los acontecimientos más relevantes de la historia de su país con una evidente intención de contribuir a la formación de la cultura nacional.

De acuerdo con lo dicho, entre los personajes de Sicardi pueden identificarse diversos grupos a los que el autor les atribuye características positivas o negativas, de acuerdo con el papel que cumplan en el proceso de formación socio-política de la sociedad argentina.

Así, el patriciado, representado por el abuelo de Dolores del Río, novia y luego esposa de Carlos Méndez, el médico protagonista, es reconocido como “padre” de la patria:

Quiere ser rico para esos muchachos que han vuelto a la escuela; quiere ver todavía una vez la casa donde ha nacido y volver a morir allí mismo entre esas cuatro paredes que él ha construido para ampararlos; porque su patria es ahora la tierra que lo hospeda, donde han nacido sus hijos y su templo es esa casa de dos piezas de ladrillo rojo, llena de besos, de gritos y de vagidos y del temblor impetuoso de la ambición de su dueño... (78)

Pero es relevado de su jerarquía en aras de una *nueva raza*, la de los hombres que trabajan y ponen en marcha la máquina del progreso de la joven nación, la cual está constituida por los inmigrantes que con su trabajo se erigen como una fuerza propulsora, como lo plantea el narrador en el capítulo titulado significativamente “La nueva raza”, perteneciente al *Tomo II: Genaro*:

Los padres hablan su idioma; los hijos el lenguaje que aprenden en la calle y que no se puede enseñar en la escuela, el único que van a conservar con todos los giros ingenuos y la riqueza de una lenta y prodigiosa elaboración en medio del sol y de las emanaciones de una robusta naturaleza entre la amalgama secular de todas las razas. Conversan y se entienden así mismo hablando idiomas distintos, porque los padres se han impregnado del medio y mezclan a su vocabulario extranjero las frases y los modismos que les oyen a los hijos, cuya vivacidad los seduce, los entenece y alienta (77).



Tanto por su capacidad para prosperar socialmente—entendiéndose como un preanuncio del progreso a nivel nacional—como por su carácter apolítico, las corrientes inmigratorias son positivamente consideradas por el autor como lo eran por la política estatal de fines de siglo.

En una segunda instancia, la de los hijos de estos inmigrantes, la valoración—si bien sigue siendo positiva—cambia de enfoque. Sicardi no apuesta por la *revolución* que encarnan las nuevas corrientes inmigratorias solidarias a los movimientos socialistas y anarquistas, sino que privilegia la idea de *evolución* que representa la nueva generación de los hijos de aquellos trabajadores que dieron el primer impulso al progreso nacional (Posadas, 1968). Porque el ideal de dicho progreso para Sicardi, como lo sostenía la clase dirigente de la Generación del '80, es la *producción*, dentro de un marco legal ordenado, como puede apreciarse en el capítulo “La salud moral” del *Tomo V: Hacia la justicia*:

Hijos y padres eran, envueltos en el polvo de las obras, con las ropas y las botas blancas de cal y trabajadores de los pavimentos, armados de barretas y machucos, haciendo sonar los bronces de la acción titánica y consolidando civilizaciones, en el baluarte formidable de los palacios. ¡Nunca una huelga, nunca horas perdidas en las sinagogas de predicadores enfermizos! ¡Esos creadores no lastimaron jamás el sueño de la vieja patria! [...] (301)

Y es ciertamente significativo que la voz de la cordura y la salud moral esté en boca de Elbio Errécar, el médico, marido de Angélica Méndez, que es, en definitiva, la voz de la ciencia—motor del progreso—frente al atraso de la barbarie:

El médico estaba parado en un banco. Dominaba ese mar inquieto de varoniles cabezas. Su voz era vibrante. Había algo de gigantesco en esa historia, narrada así con sencilla palabra, en esa historia de salud moral, que había creado una ciudad y forjado una alma inmortal. Sin quererlo se había transformado en un conductor de razas. Era un selecto de cuerpo, una blanca estatua de varón fuerte, un corazón de sangre incontaminada y una sana integridad de intelecto. Amaba a los trabajadores y los guiaba hacia la justicia.

-Eso es, contestó irguiendo su cuerpo y levantando la mano al cielo. No pertenezcan a ninguna asociación. ¡Ni católicos, ni socialistas, ni anarquistas! Hay algo superior a todo eso: ¡ser libres! (304)

Los personajes negativos, consecuentemente, están representados en el *Libro Extraño* por los primeros habitantes del suburbio. Marginales, se inscriben en un espacio intermedio entre el gaucho y el compadrito. La fuerza incontenible del progreso que representa la nueva raza los ha confinado al borde de la ciudad e, incapaces de emularla, han sucumbido ante la misma, como lo confirma la descripción que hace el narrador en el capítulo “La lluvia” del *Tomo II: Genaro*:

El alma generosa del suburbio aletea en el ambiente... Pasan guitarras con las cuerdas rotas, taperas desmoronadas en cuyos huecos se gana la alfombra de moras y de ortigas, ratonas vivaces, cicutales, que impregnan el ambiente de letal ponzoña, gauchos que se van, melancólicos fugitivos de la noche y sinfonías esquilianas que acompañan hacia las praderas de la pampa interminable la marcha de los ombús, esos grandes solitarios entristecidos que han cobijado el corazón de los creadores del cielo heroico y resuenan de cerca los estruendos formidables de la nueva raza, que espera consagrar con su sangre el derecho a la ciudadanía por los siglos en alguna guerra gloriosa donde triunfe la inmortal nación civilizadora de América... (369)

El otro gran grupo de características negativas—a más de la inmigración revolucionaria socialista, anarquista y de católicos místicos ya comentada en oposición a la generación de los hijos de los primeros inmigrantes que constituyen la nueva raza—es el de la vieja índole, que incluye a los nativos representados por los caudillos, las montoneras y los federales. La férrea oposición que impone el autor a estos núcleos se debe esencialmente a su rechazo hacia todo sujeto que pretende solucionar los conflictos o las situaciones adversas mediante otros recursos que no sean el trabajo y el ahorro, sino en especial mediante la violencia, poder contrario a su afán civilizador y fuente de atraso:

Se observa que hay pocos rubios. El color trigueño domina. Los apellidos que suenan en la marcha fatigosa de la columna terminan casi todos con ese. Son descendientes del espermatocario del pronunciamiento que se ha hecho feroz y funerario. [...] Entran los desocupados de todos los barrios, enfermos de ocio y de alcoholismo, los inquietos y desazonados de todas las edades, los soñadores políticos de todas las casas, los que tuvieron la riqueza fácil y tienen ahora la pobreza súbita, los que meditan el delito en todas las formas, los cultores del *dios titeo*, los cesantes y las histéricas de todas las alcobas, los levantiscos y pendencieros de nacimiento, los orgiásticos de las tabernas y de los lupanares, los pálidos de buena cuna que tienen el vestir elegante, la frase distinguida y usan revólveres de

níquel y las almas enfermas de neurastenias revolucionarias.(264-265)

Esta cita, que pertenece al capítulo que en el *Tomo III: Don Manuel del Paloche* lleva el nombre de un caudillo: “Desiderio” ilustra indiscutiblemente la imagen de esos seres que desde sus orígenes están condenados al fracaso por sucumbir al ocio, el alcoholismo, la depravación, etc. Este determinismo biológico se abre camino, entonces, entre las cuestiones sociales. Si en la primera parte de la novela Enrique Valverde había sido la figura representativa del mal—por su naturaleza lujuriosa, contraria al ideal de salud familiar—, luego será reemplazado por su hijo, Germán, un anarquista argentino. Un personaje movilizador de multitudes, propulsor de huelgas y actitudes violentas que, además, es nativo. Este último dato es ciertamente significativo porque a pesar de que el anarquismo es una ideología importada por la inmigración, Sicardi la instala en un personaje que surge de las fauces de una suerte de comunión con la vieja índole, probablemente en un intento de rescatar, a pesar de ciertas inconveniencias ideológicas, la figura del inmigrante.

Desde luego, éste es un resumen verdaderamente insuficiente de ciertos aspectos de la propuesta de Sicardi en su *Libro Extraño*. Sólo valga como puesta en antecedente de su posición literaria, cercana a los románticos de la generación del '80 como Miguel Cané, y a los naturalistas como Cambaceres, Argerich, Martel y Podestá, de su determinismo biológico, del papel que le atribuye a la ciencia médica y de su visión del ideal de sociedad al que aspira para su país.

*La inevitable duplicidad y multiplicidad de lo real: Finisterre, de María Rosa Lojo. La otra nación posible*

María Rosa Lojo nació el 13 de febrero de 1954 en Buenos Aires. Sus padres llegaron a la Argentina en la última inmigración española, compuesta por exiliados de la Guerra Civil. Su padre había luchado en la marina de la República, mientras su madre provenía de una familia franquista, lo cual le hará vivir a la autora en un permanente entrecruzamiento de historias, muchas veces contradictorias, que servirán de antecedente a sus elucubraciones acerca del problematismo de acceder a la verdad histórica.

Asimismo, siendo poeta, pero también investigadora literaria, opera en sus textos una escenificación y ficcionalización de una serie de problemáticas teóricas que pretende resolver: los límites entre historia y ficción; la inscripción de una obra en un género literario; la pertinencia de la dicotomías clásicas (civilización-barbarie, poder femenino-poder masculino, campo-ciudad, entre otras), etc., inscribiéndose en el marco de la novelística argentina de las últimas década, cuyas líneas estético-ideológicas fundamentales han ido forjando su propio universo literario: la problemática de la postmodernidad, la reformulación de la historia argentina y americana; la elaboración estética de la violencia colectiva reciente y el exilio; y la desconstrucción de la imagen femenina tradicional.

Desde este entorno y desde el otro fin de siglo—el XX—, María Rosa Lojo no propone una realidad diferente para la cuestión de la cultura nacional, sino la posibilidad de enfocarla desde un ángulo más abierto a la multiplicidad de la misma. Si la Generación del '80 y con ellos Sicardi planteaban la necesidad de elaborar un proyecto de sujeto cultural para la nueva nación, Lojo responde dándole un giro a la cuestión: no buscar un sujeto homogéneo, sino reconocer y considerar la diversidad de la cultura argentina y ver en ella una forma de progreso, esta vez no meramente a nivel político, sino ontológico.

Su novela *Finisterre*, como la obra de Sicardi, también está protagonizada por un personaje estrechamente vinculado a la ciencia médica. Rosalind Kildare, esposa de un médico gallego e hija de otro médico irlandés, es una inmigrante que acompaña a su marido a la Argentina buscando un trabajo que les asegure un futuro más próspero para ellos y para el hijo que están esperando. De camino hacia la provincia de Córdoba, son atacados y ella es tomada prisionera por los aborígenes de la zona, mientras su marido es asesinado al intentar defenderse.

Una vez en las tolderías, Rosalind, malherida y habiendo perdido su embarazo, es destinada al *machi* ranquel, el médico de los indígenas, quien la adopta como asistente, pensando que, como lleva los libros y los instrumentos del marido, es ella también una *machi* de los *huincas*<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> *Hombres blancos*, en idioma ranquel.

La propuesta de Lojo va apostillando el ideario de la generación del '80. La ciencia médica también se erige como un espacio de poder y como un discurso dominante en *Finisterre*. Al enfrentarse al *machi* ranquel, Rosalind piensa:

Estuve por decirle que no era yo la médica, sino Tomás, pero callé. Entre ellos debían de ser mujeres—lo confirmé después—quienes comúnmente practicaban el arte de curar. Si lo dejaba creer que era yo quien dominaba ese arte crecería en poder y en valor ante sus ojos. (53)

Sólo que el saber médico no es presentado aquí como una narración unívoca—propia de los planteos decimonónicos—, sino plural, donde el conocimiento del aborigen encuentra su complemento en el del hombre blanco. No son, como lo hubieran entendido aquellos, dos fuerzas opuestas. Si bien en la superficie parecen contraponerse y para la voluntad política estatal los ranqueles representan la barbarie que es necesario reducir, en el seno de esa oposición se esconde una esencia compartida y que se vislumbra en la conversación que sostienen el *machi* y Rosalind:

-No creas que soy un ignorante. Te he salvado la vida. No encontrarás tan fácilmente medicina como la mía.

-No creo que seas ignorante. Y te agradezco. Aunque me hayas devuelto a una vida que ahora es amarga para mí.

-No lo será siempre, si trabajas conmigo. Me puedes contar tus libros y tus frascos, y te haré conocer otros secretos... (53)

Lojo impone otro modo de abordar la dicotomía civilización-barbarie. No la relativiza, como se ha vuelto práctica frecuente en la narrativa hispanoamericana de las últimas décadas (¿quién es el bárbaro y quién, el civilizado?), sino que la reformula: no son dos términos opuestos que se anulan entre sí, sino elementos solidarios que conviven en el seno de cada cultura alternándose y evidenciando la realidad facetada del mundo.

La autora concede múltiples caras a la sospechosa barbarie: irlandeses, gallegos, ranqueles, y enfatiza el hecho de que en las culturas de origen europeo (entre las que incluye la argentina de finales de siglo XIX), suele haber un discurso hegemónico que cataloga la condición de cada ser humano y lo condena. Nuevamente, como en Sicardi, el determinismo biológico juega un papel fundamental. Asimismo, la adhesión a la determinadas creencias religiosas, entendidas como mera

superstición, también es entendida por dicho discurso como nociva para el progreso social<sup>5</sup>:

-Nunca se resignarán. Como todos los bárbaros, son impermeables a la razón y a la ley, atados buena parte de ellos a una religión supersticiosa y a una lengua absurda<sup>6</sup>. La única forma de evitar que descarrilen es tenerlos sujetos. [...] Lo mismo pasaba en las Pampas, en las negociaciones con los salvajes de la frontera. (17)

Esta cita pertenece a una conversación que mantienen Elizabeth Armstrong, hija de crianza de Rosalind en el borde entre las tolderías y la ciudad, con su padre, un mercader inglés—prisionero también de los ranqueles—que la concibe con una india de esa tribu. Armstrong aleja a Elizabeth de su lugar de nacimiento, la Pampa Argentina, y la educa en Inglaterra. Aunque habiendo borrado la memoria de sus orígenes, el poder de los mismos se convierte en una sombra amenazante:

-¿Son tan salvajes como ellos los irlandeses?  
Su padre la miró entonces a los ojos, como si buscara en ellos los rasgos de una identidad temible y desaparecida. (17)

Y es éste otro punto en el que las posturas de Sicardi y Lojo difieren. Si bien para este personaje el determinismo biológico-racial es un peligro siempre amenazante, en la generación de los hijos se convierte en una suerte de estrategia esclarecedora de la identidad personal y cultural: los otros, los ranqueles, los supuestamente bárbaros, son la otra cara de los unos, los europeos, los teóricamente civilizados, logrando así la solidaridad de los elementos opuestos. Para Lojo, la *nueva raza* de Sicardi son los hijos de la inmigración y el exilio que han superado la escisión entre dos nacionalidades, dos espacios, dos culturas, la dualidad que crea la convivencia de la nostalgia por el “paraíso perdido” de los padres y la vitalidad del otro paraíso, el del mundo—en ese momento—próspero que los recibe, pero que es tamizado diariamente por la figura paterna y reinterpretado como un espacio negativo, inferior, carcelario, de tránsito. En ese universo paterno, la posibilidad de identificación personal y cultural con alguno de estos espacios, se convierte casi en una utopía para el hijo del exilio:

---

<sup>5</sup> En este punto, se vuelve necesario puntualizar que la voz del narrador en Lojo disiente notoriamente de esta postura, la cual es sólo registrada en los discursos de determinados personajes, como Oliver Armstrong, que aparece en la cita que se consigna a continuación.

<sup>6</sup> Se refiere a los irlandeses, los homólogos de los indígenas en cuanto salvajes, para los británicos.

con el primero, porque siente que no le pertenece, porque es el mundo de los padres, en el que no le han concedido ningún rol y que sólo conoce en la idealización del recuerdo; y con el segundo, porque la presencia constante del otro lo problematiza, lo anula, e intenta desplazarlo (Crespo Buiturón, 2008).

Lojo es perfectamente consciente de esta problemática al ser ella misma una hija del exilio (Lojo, 2006).

Es decir que con los mismos abordajes: la búsqueda del sujeto cultural argentino, la dicotomía civilización/barbarie, el determinismo biológico, Lojo reelabora la perspectiva naturalista decimonónica desde el seno mismo de su planteo inscribiéndolo en la poética que recrea la experiencia de la inmigración y del exilio hacia fines del siglo XX, cuya reaparición ha sido alentada por los efectos de la última dictadura militar argentina (1976-1983) que ha provocado numerosas situaciones de destierro, y en cuyas tematizaciones, como es de esperar, se inscribe como eje central la utopía identitaria. Cuestión que Lojo pretende resolver desde una postura que linda con parámetros ontológicos mediante las palabras de otro de los personajes de la novela, Manuelita Rosas, hija del ex gobernador de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX y consejera de Elizabeth Armstrong:

-Pues será usted una india inglesa, y no hay en ello ninguna tragedia, nada que no pueda resolverse. Así se ha hecho América. Mezclando y revolviendo sangres y cuerpos, entrelazando lenguas. No renuncie a nada. Quédese con sus dos herencias, aprenda de los unos y de los otros. Si su padre no quiso ver esto por torpeza y obcecación, véalo usted.

-Justamente por eso quiero ir. Para ver a los otros que también son los míos. (154)

*El punto de encuentro: Cuerpo y sexualidad. ¿Una cuestión de salud nacional?*

En el pensamiento naturalista de fines del siglo XIX, la excesiva presencia e intensidad de los impulsos sexuales era considerada negativa para el progreso de la sociedad, puesto que se entendía que ponía en peligro la estabilidad familiar y estatal, parámetros más que válidos de la moral ciudadana. Por otra parte, propiciaba mezclas raciales inapropiadas.

Los impulsos sexuales concluyeron por ser considerados riesgosos (Masiello, 1997) y una de las obligaciones del Estado radicaba en controlar su violencia, su amenaza de penetración que excedía el ámbito moral para alojarse en el propio cuerpo. De allí, en el *Libro Extraño* de Sicardi, la execración permanente de la prostitución y el temor ante la mera posibilidad de una violación. Un buen ejemplo de ello aparece ya en el capítulo “Genaro enfermo” del Tomo I, en el que el Dr. Enrique Valverde, la encarnación misma de la lujuria y la maldad, va a visitar al paciente y envuelve a Santa, su hermana, “en una mirada procaz y cínica” (142) provocando que la niña temblara.

Una escena semejante ocurre en *Finisterre*: “...no llegó a percatarse de las dos o tres veces en que Armstrong me miró, pese a su reserva, con una fijeza descarada, que juzgué insultante para una señora. Di vuelta la cara ardiente...” (21). Oliver Armstrong representa también, con las comprensibles variantes del caso, ese ser provocador que desestabiliza el orden deseado. Es, como Valverde, un seductor y como aquél, un personaje incómodo.

Frente a esta forma de degradación, Sicardi enaltece, claro, la figura de la madre, como portadora no sólo de vida, sino de paz y sosiego, de reflexión reposada y de afecto incondicional, como puede constatarse en el personaje de la madre de Carlos Méndez.

Entre los “bárbaros” de Lojo, la maternidad también ocupa un lugar de privilegio, aunque es verdaderamente irrelevante la cuestión de la mezcla racial, lo cual es coherente con la propuesta de la autora comentada anteriormente con respecto a su visión de la antinomia civilización-barbarie:

... y ni siquiera les importarán las manchas pequeñas de tu cara, porque tienes caderas delicadas y pechos hermosos, aunque no vayas a amamantar a ningún hijo con ellos. Pero nunca llegarás a ser realmente una esposa, porque la desgracia te ha dejado estéril. Cuando comprueben que no puedes concebir, tu dueño se cansará de ti... (53)

En la explicación que Mira más Lejos, el *machi* ranquel, da a Rosalind sobre el rol de la maternidad, se comprende que la mujer vale en cuanto gestora de la familia y garantía de perpetuidad de la especie. En realidad, no es una postura tan lejana a la de la concepción de la mujer decimonónica que valoraba la generación del '80.



El giro que desbarajusta la estabilidad de esta imagen apacible y ordenada que regía el pensamiento naturalista decimonónico es impuesto por Lojo a través justamente de la reformulación de la dicotomía antes tratada. Como se ha comentado, la autora no reasigna los términos de “civilizado” o “bárbaro”, ni siquiera los relativiza, sino que provoca un cambio de enfoque mucho más perturbador: denuncia la duplicidad misma de cada uno, mostrando la presencia oculta de uno en el otro: Rosalind Kildare nunca engendrará un hijo, pero se convierte en madre postiza de Elizabeth, en memoria viva de los orígenes del negado mestizaje. En ella, convivirán la *maqui* ranquel y la médica europea, la esposa gallega y la amante pampeana. Como la Rosalind de Shakespeare:

Se halla tan cómoda en traje de caballero como en su propia vestidura de doncella, tan a gusto en los bosques y el destierro, como en los esplendores de la corte. Habla con rústicos y con nobles, concierta las voluntades, armoniza las discordias, comprende y reúne los opuestos. (23)

Desde el borde, que para el autor decimonónico está representado por los suburbios—ese lugar entendido como negativo donde se abandonan los marginales, que no son otra cosa que los nativos—y que para la hija del exilio se ubica en una frontera no sólo geográfica sino también cultural, emprenderá Lojo una apostilla más que significativa al discurso ochentista:

[Argentina] Es la tierra, también, donde han nacido mis hijos, que tienen tanto de sangre alemana como de sangre española: perfectos europeos, se diría, que sin embargo definen, por obra de nuestra paradoja nacional, a un argentino típico. (Lojo 1993, 60)

Resulta curiosa esta definición de Lojo del argentino típico, porque de alguna forma responde al ideal de la Generación del '80: un ciudadano creado a partir de la inmigración. En ella, seguramente sin pretenderlo, deja de lado la otra mezcla racial, la que condenaba el naturalismo decimonónico: el mestizaje con el aborígen y que ella defiende a través de sus personajes.

Es posible que Lojo esté más empeñada en buscar una reafirmación identitaria del marginal, revalorizando la figura del borde, que en perfilar un ideal de cultura argentina, puesto que a finales del siglo XX, la amenaza más acuciante no parece estar tan definida, como

en el siglo pasado, en la figura del bárbaro. En este fin de milenio, el verdadero peligro para Lojo parece ser el no lograr reconocerse culturalmente si no se transige en el empeño de negar la multiplicidad aparente de la cultura, que esconde, en última instancia, una misma esencia: el hombre.

### *Conclusión*

Repensados, criticados o revalorados, los principios del naturalismo referidos a la problemática de la identidad nacional a los que adhiere Sicardi siguen vigentes un siglo después en Lojo: El poder discursivo de la ciencia, el cuestionado determinismo biológico, el rol de la mujer y el poder sexual y reproductivo al que está ligada—convirtiéndola tanto en garantía como en amenaza de la sana constitución de una sociedad—, el conflictivo papel de la religión y las utopías políticas.

Frente al concepto de eugenesia que, de alguna manera, rige el naturalismo decimonónico y escondido detrás de las múltiples variantes desde las que se ha enfocado este tema—que entre otras ha desembocado en una suerte de corriente literaria que revaloriza y pone de relieve el indigenismo—, emerge en el seno de las últimas generaciones literarias argentinas posteriores a la dictadura militar de los años setenta y ochenta—que denuncian nuevamente la problemática identitaria debido a las nuevas situaciones de desarraigo—, un punto que todavía no termina de resolverse: la pertinencia de las dicotomías (civilización-barbarie, lo femenino vs lo masculino, lo propio y lo ajeno, etc.) que enfrentan y oponen elementos que, sin duda, ya han dejado de percibirse en la literatura argentina como categóricamente contrapuestos y que despiertan la sospecha de una esencia compartida, cuya revelación está—bajo la óptica de estos autores—en manos de las nuevas generaciones, de la *nueva raza* de Sicardi y de los hijos de la inmigración y el exilio de Lojo.

**Bibliografía**

- Abrams, M.H. *The Mirror and the Lamp: Romantic Theory and the Critical Tradition*. New York: Oxford University Press, 1953.
- Ara, Guillermo. *La novela naturalista hispanoamericana*. Buenos Aires: Eudeba, 1979.
- Betanzos, Eric, "La figura indígena en la literatura argentina" en *Diálogo Iberoamericano*. México, UNAM, N° 9 (mayo-junio 1997): 34-35.
- Bhabha, Homi K, ed. *Nation and Narration*. London/New York: Routledge, 1990.
- . *The Location of Culture*. London/New York: Routledge, 1994.
- Crespo Buiturón, Marcela. *Andar por los bordes. Entre la Historia y la Ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008. <[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)>.
- Di Liscia, María Silvia. "Dentro y fuera del hogar. Mujeres, familias y medicalización en Argentina, 1870-1940". *Signos Históricos*. Enero-junio 2005, 13: 94-119.
- Fausto-Sterling, Anne. *Sexing the Body: Gender Politics and the Construction of Sexuality*. New York: Basic Books, 2000.
- Filer, Malva, "Imaginación histórica y memoria colectiva en la obra de María Rosa Lojo". XXIV Simposio Internacional de Literatura, Instituto Literario y Cultural Hispánico, California, Buenos Aires 9 al 14 de agosto de 2004. En prensa
- Filer, Malva. "La re-ficcionalización de la barbarie en la novela finisecular argentina: César Aira y María Rosa Lojo" (presentado al Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana, en Salamanca, 2000). [www.mariarosalajo.com.ar](http://www.mariarosalajo.com.ar)
- Flawiá, Nilda, "La problemática de la identidad en dos novelas de María Rosa Lojo", *Alba de América*, Vol. 19, N°s. 35 y 36 (Julio 2000): 121-133.
- Francis, E. K. "The Ethnic Factor in Nation-Building". *Social Forces*, 46: 338-46, 1968.
- Giuffré, Mercedes. "María Rosa Lojo". *En busca de una identidad (La Novela Histórica en la Argentina)*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2004.

- Gnutzmann, Rita, *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*.  
Portada Hispánica 3, 1998.
- González, Lemos, Posadas, Rivarola y Speroni. *El 80: 1, Visión del Mundo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- . *El 80: II, Sus escritores*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- Halperín Donghi, Tulio. *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Buenos Aires: Ariel Editora, 1995.
- Juana Arancibia, Malva Filer y Rosa Tezanos-Pinto (Ed.). *María Rosa Lojo: La reunión de lejanías*. Buenos Aires: ILCH, 2007.
- Keegan, Bridget & James C. McKusick, eds. *Literature and Nature: Four Centuries of Nature Writing*. Upper Saddle River: NJ: Prentice Hall, 2000.
- Lichtblau, Myron I. *The Argentine Novel: An Annotated Bibliography*. Hardcover, Scarecrow Press, Inc., 1997.
- Lojo, María Rosa. "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la Posguerra". *Revista del Hogar Gallego para Ancianos*, 50º Aniversario 1943-1993: 60.
- . *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- . "Mínima autobiografía de una exiliada hija". *L'exili literari republicà*. Tarragona, URV, 2006, pp. 87-96.
- Masiello, Francine. *Entre la civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1997.
- Napolitano, Emma. *Francisco Sicardi*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1942.
- Nash, Mary y Marre, Diana (eds.). *El desafío de la diferencia: representaciones culturales y prácticas sociales en la construcción de diferencias de género, clase y raza*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2003.
- Nouzeilles, Gabriela (comp.). *La naturaleza en disputa: Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- . *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2000.

- Palma, Héctor. "Gobernar es seleccionar". Apuntes sobre la eugenesia. Buenos Aires: Jorge Baudino, 2002.
- Parker, Andrew [et al.] *Nationalism and sexualities*. New York: Routledge, Chapman, and Hall, 1992.
- Posadas, Abel. *El "Libro Extraño" de Sicardi*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- Romero, José Luis. *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Sicardi, Francisco. *Libro Extraño*. Tomo I. Buenos Aires: Imprenta Europea Moreno y Defensa, 1894.
- . *Libro Extraño*. Tomo II: Genaro. Buenos Aires: Imprenta Europea Moreno y Defensa, 1895.
- . *Libro Extraño*. Tomo III: Don Manuel de Paloche. Buenos Aires: Imprenta Europea M. A. Rosas, 1897.
- . *Libro Extraño*. Tomo IV: Méndez. Buenos Aires: Imprenta Europea M. A. Rosas, 1899.
- . *Libro Extraño*. Tomo V: Hacia la justicia. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma, 1902.
- Smith, Anthony. *Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Basil Blackwell, 1986.
- Varela Jacomé, Benito. *Evolución de la novela hispanoamericana en el siglo XIX*. Madrid: Cupsa, 1982.